

I
E
L
A

RECEIVED

FEB 16 1987

REVISTA

TEOLOGICA



PUBLICACION

DEL

SEMINARIO

CONCORDIA

... crezcamos en todo en aquél que es
la cabeza, esto es, Cristo.

Efesios 4: 15

1986

-

Número 124



CONTENIDO:

Página

++ EDITORIAL - A PESAR DE QUE	1
++ LA BIBLIA PARA COMPUTADORAS PERSONALES	3
++ EL SEMINARIO CONCORDIA HACE SABER QUE	4
++ <u>SENSUS LITERALIS</u> / LA PALABRA EN LAS PALABRAS	6
++ PASTORES - ¿PARA QUE?	16
++ <u>LA PERSONA</u> - <u>LA PALABRA</u>	22
++ SIMBOLICA: JUSTO - ¿EN OPINION DE QUIEN?	23
++ EVANGELISMO: PALABRAS QUE CREAN BARRERAS	30
++ RELIGION Y MORAL	33
++ VIDA CONGREGACIONAL:	
MENOS BAUTISMOS DE ADULTOS	34
¿ LOS BORRAMOS, PASTOR ?	35
++ LITURGIA :	
ANDEMOS EN LA PRESENCIA DE CRISTO	37
ORDEN PARA UN ANIVERSARIO DE BODAS	41
++ LIBROS	45

SIMBOLICA

JUSTO - ¿ EN OPINIÓN DE QUIÉN ?

EL HOMBRE CON LAS MANOS LIMPIAS

En su obra teatral "Andorra", Max Frisch desarrolla la conmovedora historia de un muchacho llamado Andri. El maestro de la localidad de Andorra ha adoptado como hijo a dicho Andri - que según la versión de ese maestro es un niño judío del pueblo vecino. En realidad, Andri es un hijo ilegítimo del maestro, como éste mismo lo admitirá más tarde. Andri, que en Andorra es tenido por judío, es objeto de burla, escarnios, malos tratos. Engañado en su aprendizaje de carpintero, molido a palos por los soldados, menospreciado por los burgueses, se lo margina totalmente. Cierta día ocurre un crimen en Andorra: asesinan a una mujer del pueblo vecino. La culpa se la echan a Andri. Si bien él, en ese momento, estaba hablando con el sacerdote, y todos los andorreses sabían que era inocente, consienten en que se lo condene a muerte.

En el final de la obra, el autor hace comparecer ante el tribunal a todas aquellas personas con quienes Andri se había encontrado en una u otra ocasión. Cada uno defiende su posición delante del público y también delante de su propia conciencia. Sólo el sacerdote dice: "Yo también llegué a ser culpable aquella vez." Todos los demás se exculpan. El fondero, el carpintero, el soldado, el turista, el doctor: "...Nosotros todos nos hemos equivocado aquella vez ... yo sólo puedo decir que no es culpa mía ... yo no soy culpable de que esto llegó a tal punto." Cada uno procura, aunque sea con mentiras, encontrar motivos para librarse de culpa y cargo, para justificarse. Presumiendo de justos e inocentes hacen sus declaraciones ante el tribunal. Esta forma de presentarse en público no existe solamente en Andorra. Por eso sería bueno que en los próximos minutos, al leer este artículo, tuviéramos el coraje de hacernos una pregunta crítica.

Nosotros conocemos muy bien esa preocupación nuestra de tener siempre una buena imagen delante de los otros: intachables, manos limpias, jamás entrados en conflictos con la ley, sin antece

dentes policiales, fieles cumplidores de nuestras obligaciones, hombres de bien, conciencia tranquila. ¡Pobre de aquel que se atreva a decir otras cosas acerca de nosotros! Así desempeñamos nuestro papel -con o sin ganas- hacia afuera.

Hace unos años alguien me describió así su situación: "En lo profundo del corazón la tragedia, pero hacia fuera reservados y prudentes: así seguimos adelante con la comedia hasta el último aliento." Pero ¿qué pasará si, aplicando seria y sinceramente ese conocimiento acerca de nosotros mismos, dirigimos el oído hacia nuestro propio interior?

Entonces se nos puede presentar un cuadro como el que describe Gerhard Schumann en su "Frankenburger Würfelspiel": "Hemos creado conforme a nuestra propia imagen, el grande, majestuoso mundo del hombre, mundo esplendoroso. Elevamos nuestros palacios hasta las nubes, socavamos la tierra hasta los más profundos abismos e incluso nos abrimos caminos en el espacio. Sin embargo, de repente sentimos frío, y nos estrellamos duramente contra paredes y soledad - huéspedes en nuestra propia casa. Oh Dios al que hemos perdido, ¿nos permitirás volverte a hallar? Hacemos como si estuviéramos buscando algo, y ya sabemos: sólo encontramos la nada. ¿No nos habremos despojado de nuestra salvación por nuestra propia culpa? Somos muy orgullosos, pero por dentro acecha el miedo."

"Somos muy orgullosos, pero por dentro acecha el miedo." Miedo al que tratamos de acallar y desplayar; miedo ante aquel Dios que algún día podría resultarnos incómodo, si llegara a preguntarnos acerca de nuestra vida; ¡miedo ante aquel Dios que es negado justamente por cuanto a lo mejor existe de veras! Este modo de jugar a la escondida no nos lleva muy lejos. Por más autojustificados y seguros de nosotros mismos que querramos aparecer, de nada nos servirá. "Por dentro acecha el miedo.": ¿qué significa esto sino que presentimos que algún día tendremos que rendir cuentas de nuestra vida ante el tribunal divino? El apóstol Pablo habla de esto en palabras concisas y claras en 2 Co. 5:10 " ... es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo ... " El que sabe esto, puede poner fin al intento de reparar su propia imperfección, de reducir su pecado a un simple "defecto moral", y de declarar su culpa como una falla sin mayor trascendencia. Este tampoco volverá a dejarse engañar por la consigna de que nosotros, los hombres, podemos organizar nuestra dicha con bastante perfección y salvarnos a nosotros mismos.

¿ CÓMO LLEGO A SER LIBRE ?

Quien deja de jugar a la escondida, obtiene una visión clara de la realidad. Y eso seguramente le interesará también a usted. Esta clara visión la necesitamos para no embaucarnos y engañarnos a nosotros mismos. Produce un efecto altamente liberador cuando ya no sentimos la necesidad de engañarnos a nosotros mismos y a los demás; cuando reconocemos nuestro miedo en lugar de reprimirlo.

Este es un primer paso indispensable para una vida que tiene como base la verdad. Incluso la primera carta de Juan, en la que tanto y tan acertadamente se habla del amor, comienza afirmando en términos inequívocos: "... Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros." (Cap. 1:8) Dios no quiere que desempeñemos dos papeles diferentes, lo cual carcome nuestros nervios y amenaza con destrozarnos por dentro. ¿Acaso es imprescindible que por fuera aparentemos ser perfectos y por dentro nos sintamos oprimidos, miedosos y profundamente inseguros? Con todo eso, siempre volvemos a darnos cuenta de que las apariencias engañan. Por eso, la carta de Juan agrega a su anterior observación: Pero "si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad." (Cap. 1:9).

En pocas palabras: existe la posibilidad de librarnos para siempre de culpas, obtener el perdón de pecados y llegar a ser justos delante de Dios. ¿No es esta una grandiosa posibilidad que se nos ofrece para nuestra vida? Quien vive siempre esta experiencia en su persona, se sentirá aliviado, es más, se siente como nacido de nuevo.

¿Cómo se torturó Martín Lutero con su propio pecado y con la pregunta: "¿Cómo consigo un Dios misericordioso?"! ¡Cuántos esfuerzos hizo con sus propios méritos, voto monástico, ayuno, oración, privaciones y sufrimientos voluntarios para llegar a ser un hombre que pudiera contar con el agrado y la aprobación por parte de su Dios! Pero sus esfuerzos no lo condujeron a nada; al contrario: siempre rodó más cuesta abajo. "No había nada de bueno en la vida mía, el pecado me había poseído", así se expresó más tarde en uno de sus himnos, en el cual describe aquella época - y en forma más conmovedora aún: "el miedo me llevó a la desesperación, de modo que no me quedaba nada más que la muerte, mi des

tino era el infierno." Aquel instante en que descubrió el plan de Dios para con los hombres, actuó como un inextinguible rayo luminoso en la oscuridad de su vida. Ahí leyó en la carta del apóstol Pablo a los Romanos, 1:17 : "Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá." Repentinamente todo le resultó claro: no soy yo quien conseguiré justificarme delante de Dios, por más severos esfuerzos que haga, sino que Dios ya lo ha hecho todo por mí. Yo de mi parte no tengo que agregar nada, simplemente puedo aceptarlo en fe. Quizás usted pueda imaginarse qué cambio interior significó esto para la vida de Lutero, qué alegría invadió su corazón.

¿ QUÉ SIGNIFICA ESTO PARA MÍ ?

Los Padres de la iglesia han calificado el proceso recién descrito de "*justificación del pecador*." La confesión de Augsburgo se refiere a esto en su artículo cuarto. Los reformadores lo llaman el artículo principal, con él la iglesia se mantiene en pie o cae. Inequívocamente se enseña allí que, "no podemos lograr el perdón del pecado y la justicia delante de Dios mediante nuestro mérito, obra y satisfacción."

Un relato del Lejano Oriente podrá servirnos de ilustración: "Un chino que se convirtió al cristianismo describió en una conversación con otros, cómo entendía él la justificación del pecador por medio de Cristo, y para ello se valió de la siguiente comparación: Yo había caído en pecados profundamente, como en un pozo profundo que terminaba en una ciénaga. El primero que al pasar me descubrió en ese pozo, fue Confucio, nuestro gran maestro de la moral. El me dijo: '¡Pobre hombre, realmente me das lástima! Pero ¿cómo pudiste ser tan torpe y caer en ese pozo? Si alguna vez llegaras a salir de aquí, procura, por favor, no caer por segunda vez.' Poco tiempo después vino Buda y me vio en mi situación digna de lástima. El me dijo que yo debería subir por lo menos hasta la mitad del pozo, entonces él podría sacarme del todo. Pero yo con mis propias fuerzas no podía avanzar ni un centímetro. Finalmente vino Cristo. El al principio no me dio ningún consejo. Al contrario, bajó él mismo junto a mí en el pozo y me sacó con sus potentes brazos. Entonces me dijo: 'De ahora en adelante no peques más, para que no te sobrevenga algo peor.' "

Esta comparación nos hace ver que la 'Justificación' no es mera teoría, no es una enseñanza superada. Ella es - hoy como ayer - la gran oferta de Dios que se puede resumir en tres palabras: "Cristo para nosotros". Cristo desciende a todo pozo, no sólo al de Lutero o al de aquel chino. El nos acompaña a los distintos abismos de enfermedades incurables y al infierno de un matrimonio destrozado. Está muy cerca de los perseguidos y de los que han sido desposeídos de sus derechos. Cuando nos oprime la impotencia, su amor es poderoso; cuando nos hacen caer en desesperación las injusticias de este mundo, podemos confiar en su justicia.

Con esto nos damos cuenta, sin embargo, de que en el uso idiomático actual, 'justificarse' equivale a 'exculparse', una actitud como la de aquellas personas en Andorra que quisieron demostrar que ellos eran libres de culpa y por eso no podían ser acusadas. Distinto es con la justificación del pecador. El no viene a Dios para demostrar su inocencia, sino para reconocer su culpa. Dios tampoco dicta una sentencia barata, cerrando ambos ojos. Hemos traspasado su ley, sus mandamientos. Hemos pecado contra él y contra nuestro prójimo en pensamientos, palabras y obras. Nosotros mismos no podemos deshacer lo hecho. Pero Dios lo hace. Se nos dicta la sentencia "culpables", pero al mismo tiempo somos justificados, perdonados.

Por cuanto Cristo murió por nuestros pecados en la cruz, la sentencia condenatoria de Dios puede transformarse en absolución. Otro expió nuestra culpa: "Cristo para nosotros". Dios nos declara justos, es más: El nos hace justos. La Confesión de Augsburgo dice, por otra parte, de manera categórica: Nosotros "obtenemos el perdón del pecado y llegamos a ser justos delante de Dios por gracia, por causa de Cristo mediante la fe, esto es, si creemos que Cristo padeció por nosotros y que por su causa se nos perdona el pecado y se nos conceden la justicia y la vida eterna."

¿ QUÉ PASA AHORA CONMIGO ?

Mi culpa ha sido quitada porque Cristo murió en mi lugar. Dios está satisfecho conmigo porque él mismo aprobó el cambio del "culpable" por el "bendecido". El gran maestro de la iglesia Karl Barth expresó esto de una manera muy sencilla: "De ahí en más, Dios se hace responsable por nosotros. Somos ahora pro-

piedad suya, y él dispone de nosotros. La indignidad propia ya no es asunto de nuestra incumbencia. Ahora debemos vivir de esto: El lo hace Si necesitamos un ejemplo o punto de comparación, podemos pensar en un niño que trata de dibujar un objeto. La cosa no le sale. Entonces se sienta el maestro en el lugar del niño y dibuja el mismo objeto. El niño, parado al lado, no hace más que observar como su maestro traza en su propio cuaderno ese lindo dibujo. Esto es la justificación: Dios, quien en nuestro lugar hace lo que nosotros no somos capaces de hacer. A mí me sacaron de mí banquito, y si ahora hay algo que decir en mí contra, ya no me incumbe a mí sino a aquel que está sentado en mí lugar." Karl Barth no quiso dar aquí ninguna enseñanza pedagógica. Su historia pretende, más bien, visibilizar el gran cambio que el poeta Nicolás Herman describe así: "El llega a ser un siervo, y yo un señor; ¡esto sí que es un cambio!"

Una vez más: Cristo mismo efectúa este cambio. la persona que reconoce su culpa y cree en la promesa del perdón, es considerada justa por parte de Dios. "Dios, sé propicio a mí, pecador": así reza la oración del publicano en el templo. Lucas dice de él: "... éste descendió a su casa justificado." Y la Confesión de Augsburgo declara: "Dios ha de considerar e imputar esta fe como justicia delante de sí mismo." Nosotros no somos justificados a base de méritos propios; sólo Dios es quien nos regala esta justificación en la fe. Ningún pequeño esfuerzo de nuestra parte puede contribuir en algo a ello.

Por doquier se habla hoy de 'obras', de 'rendimiento'. En nuestra así llamada 'sociedad competitiva', por una parte se exige un rendimiento excesivo, por otra parte se lo maldice. Muy posiblemente, la verdad resida - como tantas veces - en el medio. Vivir sin obrar no es imaginable. Pero tampoco el más esmerado cumplimiento de nuestro deber cotidiano es una "buena obra" con la cual estaríamos mejor parados delante de Dios que los tantos perjudicados sin culpa propia que hay en nuestra sociedad, los cuales no pueden ajustarse a las normas de rendimiento, como por ejemplo alumnos sobre-exigidos y personas ancianas, los desocupados y los tantos que ya no tienen chance de conseguir otro trabajo, los enfermos y los que padecen algún impedimento físico o mental. Justamente para ellos también vale la afirmación: "Cristo para nosotros", para una vida más alegre a partir del mensaje de la justificación. Este mensaje quiere ser un estímulo para cada nuevo día y con eso infundir consuelo y confianza en el corazón. Pero una vez que hemos experimentado la justifi

ficación por medio del amor de Dios, por supuesto vale también aquello de que "... un buen árbol da buenos frutos". De ahí en más, nuestra vida será consagrada a Dios y (hasta donde alcancen nuestras fuerzas) a nuestros prójimos. "La fe nos da en ofrenda a Dios, el amor nos hace propiedad de nuestro prójimo" (Lutero). En toda circunstancia empero, en la vida y en la muerte, permanece in~~con~~movible la verdad de que somos justificados por Dios.

Un misionero preguntó a una anciana, recién bautizada cristiana, y que estaba a punto de morir, si ella no tenía miedo a la muerte. "No", dijo ella, "¡si yo tengo la justificación!" El misionero siguió preguntando: "¿Qué entiendes por justificación?" Asombrada ante esa pregunta, la anciana mira a su maestro, y luego responde: "Cuando tenga que comparecer ante el tribunal de Dios, pediré al Salvador que El venga conmigo; entonces yo me es conderé detrás de El de tal modo que Dios no puede verme, sino que verá a Jesús en lugar mío; y cuando me pregunte algo, yo estaré parada detrás de Cristo y esperaré callada, lo que El va a contestar en mi lugar."

Dr. John. Hanselmann
Trad. Eldor Eisner,
Seminario Concordia
(Revisado E. Sexauer)

* * * * *
* * * * *